

El policiamiento después del encierro: la reconstrucción del vínculo con la generación COVID

Alan Mackie, Patricio Troncoso, Ian Fyfe, Gillean McCluskey¹

Introducción

Este es el resultado de un proyecto cualitativo financiado por el Instituto Escocés de Investigación Policial (SIPR). El punto de partida fue una pregunta aparentemente acotada: ¿cómo afectó la pandemia la relación entre la policía y los jóvenes? La respuesta consistió en algo más amplio, y al mismo tiempo, más duradero, pudiéndose identificar una brecha de confianza que el COVID-19 no creó, sino que profundizó.

El trabajo involucró a más de 30 jóvenes de entre 13 y 19 años residentes en dos barrios desfavorecidos de Escocia —en las ciudades de Dundee y Edimburgo—, ambos ubicados en el 10% más pobre. También participaron trabajadores sociales, personal escolar y oficiales de policía de distintos rangos y funciones. La investigación se desarrolló en tres etapas: una sesión inicial con profesionales para contextualizar el terreno; grupos focales con los propios jóvenes; y una instancia de intercambio entre policías y trabajadores sociales para discutir los hallazgos en conjunto. El resultado de las conclusiones puede incomodar a todos los actores involucrados, pero creemos que es también una forma de señalar caminos concretos para avanzar y superar esos déficits identificados.

El contexto: pobreza, desconexión y las huellas del encierro

Cuando los investigadores llegaron a las comunidades, esperaban encontrar jóvenes que todavía procesaban el impacto del confinamiento. Sin embargo, pronto se encontraron con una realidad diferente: para ellos, la pandemia era historia. Se presentaba como el pasado. Simplemente, habían seguido adelante. Sin embargo, sus consecuencias estructurales seguían bien presentes.

En ambas comunidades, el dato más recurrente en boca de todos los profesionales era la pobreza que pudieron observar, en particular, con relación a etapas históricas previas. No como un elemento más del paisaje, como un telón de un fondo abstracto, sino más bien como una realidad concreta y cotidiana. Algunos centros juveniles, dedicados a la atención social, habían tenido que abrir bancos de alimentos que cinco años atrás no existían. Jóvenes de once o doce años llegaban con ropa sucia o sin haber comido. Familias que antes se las “arreglaban” ahora ya no podían hacerlo.

A esto se sumaba un cuadro de exclusión educativa preocupante. Muchos de los jóvenes asistían a la escuela de manera parcial —apenas una hora por día en algunos casos— o directamente habían abandonado el sistema. En Dundee, las tasas de ausentismo crónico superaban el 45% de los estudiantes en 2023/2024. Y cuando un joven queda fuera de la escuela, su exposición al

¹ Alan Mackie es docente de “juventud y trabajo comunitario” de la Escuela de Derecho, Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Dundee. Patricio Troncoso, Ian Fyfe, Gillean McCluskey son docentes de la Universidad de Edimburgo. Trabajo originalmente presentado y editado por el Scottish Institute for Policing Research (SIPR). Traducción y adaptación: Azul Pallero para el ILSED.

sistema de justicia penal aumenta de manera significativa: más tiempo en la calle implica una mayor cercanía con pares en situaciones de riesgo y, al mismo tiempo, esto aumentaba la visibilidad para la policía como población pasible de ser observada.

El mercado laboral tampoco ofrecía salidas claras. Para muchos de estos jóvenes, la opción de emplearse en condiciones precarias y mal pagas competía en desventaja con la posibilidad de ganar dinero rápido a través de actividades ilegales. No se trata de una elección libre ni cínica: se trata de una lógica comprensible dentro de un contexto de privación acumulada. En este sentido es que podemos afirmar que la exclusión del mercado de trabajo no es solo una consecuencia del involucramiento en el delito: muchas veces es su precondition.

Finalmente, hay un dato adicional que vale la pena subrayar: durante el confinamiento, los jóvenes —y en especial los de los barrios más pobres— fueron el grupo con mayor probabilidad de recibir multas por incumplimiento de las restricciones de circulación. En Escocia, el Comisionado para los Derechos de Niños y Jóvenes documentó que esas sanciones generaron una gran cantidad de "primeros infractores", la mayoría de ellos jóvenes². Lejos de ser un punto de partida neutral, la pandemia dejó una marca negativa en la relación entre estos jóvenes y la autoridad policial.

¿Cómo ven los jóvenes a la policía?

El hallazgo central del estudio es claro: **los niveles de confianza en la policía son bajos, y en muchos casos la relación está directamente teñida de miedo u hostilidad**. Sin embargo, el cuadro es más complejo que una simple oposición.

La actitud predominante es la ambivalencia. Muchos jóvenes reconocen que la policía cumple una función necesaria —"su trabajo es proteger a la comunidad"— pero inmediatamente añaden que en la práctica no lo perciben así. Algunos describen situaciones en las que se sintieron tratados de manera injusta o humillante sin haber cometido ningún delito. Una joven de 14 años relató haber sido trasladada sin calzado y en condiciones que la dejaron expuesta frente a agentes masculinos. Otros describieron detenciones en lugares públicos que no derivaron en ningún cargo, pero que dejaron una huella duradera.

Hay también un componente de miedo explícito. Varios jóvenes perciben a los agentes como una presencia intimidatoria, no protectora. Algunos señalan que la policía "está ahí para amenazarnos, no para hablar con nosotros". Esta percepción de intimidación como herramienta de control —aunque no sea la intención institucional declarada— erosiona cualquier posibilidad de colaboración espontánea.

Pero quizás el factor más revelador es el **anonimato**. Los jóvenes, en su gran mayoría, no conocen a los policías de su barrio. No tienen un nombre, una cara, una historia compartida. Esa ausencia de vínculo personal convierte a cada encuentro en un evento potencialmente hostil, sin el amortiguador que da la confianza construida con el tiempo. En contraste, sí conocen —y valoran— a los trabajadores sociales y orientadores que trabajan con ellos: los reconocen en la calle, los saludan, acuden a ellos cuando tienen problemas.

² SPA (2021). 'Report of the Independent Advisory Group on Police Use of Temporary Powers related to the Coronavirus Crisis', <https://www.spa.police.uk/spamedia/1sqimlkv/rep-b-20210823-item-8-1-report-of-the-independent-advisory-group-on-police-use-of-temporary-powers-related-to-the-coronavirus-crisis.pdf>

El único joven que habló positivamente de un oficial de policía era quien mantenía contacto obligatorio con él por una orden de comportamiento antisocial³. Esa imposición, paradójicamente, generó un vínculo: *"es el que más me conoce. Siempre me saluda, es un buen tipo. Cuando ves a la policía pensás andate a la mierda, pero cuando lo ves a él te das cuenta de que pueden ser buena gente. Solo tenés que tratarlos con respeto."* La ironía es elocuente: hizo falta una sanción legal para que naciera una relación funcional.

¿Qué papel juegan los otros actores?

Uno de los aportes más interesantes del estudio es la mirada sobre los trabajadores sociales juveniles como actores bisagra. Estos profesionales operan desde una lógica distinta a la policial: su trabajo está construido sobre la relación voluntaria, el tiempo, la confianza gradual y la presencia consistente en la vida de los jóvenes. Por eso pueden llegar donde la policía no llega —no por falta de autoridad, sino por falta de vínculo.

Al mismo tiempo, se advierte que esta función de puente debe ejercerse con cuidado. Si los jóvenes perciben que los trabajadores sociales están colaborando con la policía de manera encubierta, el efecto puede ser devastador para la confianza que esos profesionales han construido pacientemente. La articulación tiene que ser transparente, respetuosa de los roles y orientada al bienestar de los jóvenes, no a los objetivos de control.

Los propios agentes policiales que participaron del estudio mostraron apertura hacia este tipo de trabajo conjunto. Muchos reconocieron que no pueden abordar solos la complejidad de estas comunidades, y que los espacios de intercambio con trabajadores sociales y educadores fueron una experiencia valiosa y nueva para la mayoría de ellos.

Puntos clave para la práctica policial

El informe formula siete recomendaciones concretas dirigidas a las fuerzas de seguridad:

- 1. Involucrarse proactivamente con los jóvenes**, especialmente en comunidades marginalizadas, para generar comprensión mutua. Los oficiales con presencia escolar pueden liderar actividades que los acerquen a los estudiantes de manera genuina, más allá de la respuesta a incidentes.
- 2. Monitorear cómo se aplica el enfoque informado en trauma** en las interacciones cotidianas, asegurando que los principios de la política institucional se traduzcan en práctica real y no queden solo en los documentos de capacitación.
- 3. Incorporar formación sobre pobreza y desigualdad** para que los oficiales comprendan el contexto estructural que rodea a muchos de los jóvenes con quienes interactúan. Entender ese contexto no implica justificar conductas: implica intervenir de manera más efectiva.

³ Las llamadas "órdenes de comportamiento antisocial" son medidas civiles impuestas a personas mayores de 12 años que cubre diversos comportamientos como vandalismo, grafitis, embriaguez pública, entre otros. Si bien su naturaleza es civil, su incumplimiento constituye un delito penal.

4. Desarrollar alianzas estratégicas entre policía, trabajo social, escuelas y otras organizaciones comunitarias, orientadas a la prevención sostenida y al trabajo en red antes de que los problemas escalen.

5. Replicar espacios de encuentro interorganizacional a nivel local, donde policías, educadores y trabajadores sociales puedan conocerse, intercambiar perspectivas y construir confianza entre sí. Esa confianza entre profesionales es una condición previa para la colaboración efectiva con los jóvenes.

6. Desarrollar planes barriales específicos, junto a las organizaciones locales y a la propia comunidad, que respondan a las realidades concretas de cada territorio y no sean simplemente adaptaciones de modelos nacionales genéricos.

7. Involucrar directamente a los jóvenes en el diseño de iniciativas orientadas a mejorar la relación con la policía, con el apoyo de trabajadores comunitarios que oficien de puente y garanticen que esa participación sea genuina.

¿Por qué importa este estudio más allá de Escocia?

Este informe es relevante mucho más allá del contexto en que fue producido. Las dinámicas que describe —desconfianza estructural, distancia institucional, ausencia de vínculos personales, impacto de la pobreza en la relación con la autoridad— son reconocibles en cualquier ciudad donde la policía trabaja en barrios populares.

La pandemia no fue la causa de estos problemas, pero los profundizó. Lo que este estudio sugiere es que la respuesta no pasa únicamente por más presencia policial, sino por una presencia **diferente**: más sostenida, más relacional, mejor articulada con los actores que ya gozan de la confianza de los jóvenes, y más consciente del peso que la pobreza y la desigualdad tienen sobre la vida de quienes terminan siendo el objeto más frecuente de la intervención policial. El tiempo, la constancia y el trato humano hacen también a la profesionalización policial.

Mackie, A., Troncoso, P., Fyfe, I. y McCluskey, G. (2025). *Policing after Lockdown: re-building relationships with the COVID Generation*. Scottish Institute for Policing Research (SIPR).
Disponible en: <https://sipr.ac.uk>